

Actuación de la mujer en el campo de la Pediatría

POR LA DOCTORA

VICTORIA LOSADA

Es la primera vez que en un Congreso médico se hace un aparte con características netamente femeninas. En mi ya larga experiencia de estas asambleas no había visto nunca figurar por separado en el programa la actuación de la mujer. La idea fué de España, y la ocasión, el Congreso de Pediatría que estamos celebrando. Y nosotras, como mujeres, nos sentimos halagadas, reconocidas; como pediatras, el título de esta sesión nos ha hecho reflexionar, y un sentimiento unánime de colaboración se ha erguido en nuestro ánimo en pro de un trabajo mejor para una mejor Pediatría.

La medicina existe desde siempre porque se ha constituido al unísono de las necesidades humanas, y con excepción del momento único del Génesis, es el niño quien el primero, como individuo, reclama ayuda y asistencia médica. El hombre desde su nacimiento rechaza el riesgo y, sobre todo, huye del dolor, y nadie más precozmente que el infante los acusa, y presenta más impotencia reaccional. Esta invalidez precoz que se advierte indefinidamente desde la creación del mundo, cuando el niño ve la luz por primera vez, y cuya manifestación recorre toda la gama de las malformaciones, de los trastornos orgánicos y psíquicos o de las limitaciones funcionales, que ya al nacer, o más tarde, traducen un conflicto doloroso; todo ello, digo, induce a pensar, con la perspectiva de los siglos, que, en

un orden cronológico, la Pediatría debiera haberse independizado ya en las primeras épocas, porque el material, objeto de estudio, se ha repetido y ha sido, si lo estudiamos en conjunto como entidad nosológica, el más abundante.

No obstante, en tiempo de los egipcios les bastaba con escuchar el primer grito de los recién nacidos: si sonaba como "Ni", el niño iba a vivir; si sonaba "Wa", moriría indefectiblemente. Los griegos consultaban sus Biblias Sagradas para saber si la afección que les ocupaba en aquel momento mataría o no al enfermo, pero nunca dispusieron de Biblias especiales para niños.

Hemos de llegar a Hipócrates, que con su extraordinario espíritu clínico, entrevió ya que el niño no es un hombre en pequeño. Hoy, en el estado actual de nuestra Pediatría, quedamos atónitos al meditar que cuatrocientos sesenta años antes de Jesucristo se nos habló ya del problema peso y talla: "el niño de naturaleza robusta no mama en cantidad proporcionada a su peso. Aunque un niño mame abundantemente no siempre ganará lo mismo." Qué bien hubieran, hoy, comprendido Hipócrates y su escuela los conceptos genéticos y factores hereditarios en que nos debatimos, así como el metabolismo hídrico del lactante, que sigue siendo en nuestros días caballo de batalla. Observa, sin duda, la angina diftérica, porque habla de "úlceras en la faringe", y comenta la "enfermedad sagrada" con espléndida descripción del niño presa de epilepsia. Dice: "cuando tienen un ataque, los niños se caen en el mismo sitio en que se hallan, o, a menudo, si presienten el mal, corren al lado de la madre o de algún conocido, porque tienen miedo a su crisis".

Vemos, pues, que el "Padre de la medicina" lo es también de la Pediatría en especial, porque fué el primer médico que supo observar y plasmar las conclusiones prácticas de su experiencia.

Y son los griegos, ya en el primer año después de Jesucristo, quienes inician una "Higiene y alimentación de los niños". La hetero-vacunación antivariólica de JENNER en Inglaterra sucedió casi un siglo más tarde a la practicada de niño enfermo a sano, a principios del siglo XIII por TIMONIS y PYLARINOS, médicos igualmente griegos. Es posible que, como poético remate de armonía en su obra puericultora, sean ellos también los campeones de la canción mediterránea, quienes en éste, llamado por doquier el "Siglo del Niño", lancen, con tonada de canción de cuna o como quiera —que para eso reiteradamente han

mostrado ser nuestros "Niño", hombre del mañ internacional. En la búsqueda de la mujer hemos pediátricas:

Primera época: aque rrespondiendo a actividad parciales en relación con impresos los hipocrático mente.

Segunda época: En l de niños, SORANO EFESIO do la Obstetricia, publico infantil. Hasta aquí, la una sola disciplina.

En la tercera época tados de Pedotrofia o de mente, que aunque no t en el extranjero —siemp resto del mundo allende tre los siglos XVI y XVII autores hemos oído solan REAL, en nuestro curso o con un entusiasmo, por c interesaba la especialida SORIANO, DÍAZ DE TOLEDO LLARREAL, que en orden como sabéis todos, en mu

Pero la verdadera P vivimos, comenzó en el s Malades fué el primero de la mejor disciplina año 1802, y en 1852 Ingl ños, y poco después su 1877 inauguró España s Jesús, que pocos años m actualmente, y de cuya motivo de este Congres Unos diez años más tard zaga—, levantaron los a en el *New York Medical*

Y acercándose a nues

mostrado ser nuestros maestros—, el himno a su “Majestad el Niño”, hombre del mañana, que debiera existir con carácter internacional. En la búsqueda de una primitiva acción puericultora de la mujer hemos reconocido tres épocas históricamente pediátricas:

— Primera época: aquella en que solamente aparecieron, correspondiendo a actividades esporádicas sobre niños, trabajos parciales en relación con alguna enfermedad, que nos dejaron impresos los hipocráticos, los árabes y los ingleses, principalmente.

Segunda época: En la que por primera vez hubo un médico de niños, SORANO EFESIO, de Roma, que, aunque había practicado la Obstetricia, publicó una pauta completísima de dietética infantil. Hasta aquí, la Obstetricia y la Pediatría constituían una sola disciplina.

En la tercera época hicieron su aparición los primeros tratados de Pedotrofia o de enfermedades de los niños. Y, ciertamente, que aunque no tuvieron, al parecer, mucha resonancia en el extranjero —siempre aislado física y profesionalmente del resto del mundo allende los Pirineos— surgieron en España entre los siglos XVI y XVII trabajos realmente meritorios, cuyos autores hemos oído solamente nombrar al profesor GARCÍA DEL REAL, en nuestro curso de Historia de la Medicina Española, y con un entusiasmo, por cierto, que emocionaba a los que ya nos interesaba la especialidad. Son éstos, sea de pasada, JERÓNIMO SORIANO, DÍAZ DE TOLEDO, XIMÉNEZ DE SAVARIEGO y el gran VILLARREAL, que en orden de la difteria o garrotillo se adelantó, como sabéis todos, en muchos años a los extranjeros.

Pero la verdadera Pediatría, la que aún alienta, esta que vivimos, comenzó en el siglo XIX. En París, *l'Hôpital d'Enfants Malades* fué el primero del mundo y es hoy espléndido crisol de la mejor disciplina pediátrica europea. Se fundó en el año 1802, y en 1852 Inglaterra creó también un hospital de niños, y poco después su famosa ley de protección infantil. En 1877 inauguró España su primer hospital infantil, el del Niño Jesús, que pocos años más tarde se trasladó a donde se halla actualmente, y de cuya organización y espléndida labor, con motivo de este Congreso, tendréis todos ocasión de recoger. Unos diez años más tarde, en el 86 —no íbamos, pues, tan a la zaga—, levantaron los americanos su primera clínica de niños en el *New York Medical College*.

Y acercándose a nuestros días y a nuestra Patria, entre los

nombres de BENAVENTE, TOLOSA LATOUR, RONQUELLO y más tarde GONZÁLEZ ALVAREZ y el autor del primer Libro de Texto, CRIADO AQUILAR, no he podido encontrar el nombre de una mujer médica, que ya en aquel entonces se adiestrara en nuestras armas.

En España, como en casi todas las naciones, la Pediatría toma cuerpo de especialidad, desgajándose de la Obstetricia, con la creación de las cátedras de enfermedades de los niños. Es el servicio de MARTÍNEZ VARGAS, primero en Granada y después en Barcelona, y más tarde de SUÑER, para no citar más que dos nombres, alrededor de quienes reducidísimos grupos femeninos intentan formarse en nuestra disciplina. Pero son todavía muy pocos los años para que la mujer, acostumbrada a una vida exclusivamente hogareña, adquiera soltura en un ambiente, si no hostil, desacostumbrado. Lleva el viento en contra, la empresa es difícil y más difícil una auténtica comprensión de su actitud por parte de los demás. Quien os habla querría tener en su haber una extensa labor profesional que no puedo presentaros. Si estoy aquí es por gracia y efecto de un recuerdo generoso y amable de gentil compañerismo, hacia quien, no siendo ya, está entre nosotros todavía, porque su obra, ésta sí, gigantesca y personal, permanece en el tiempo. RAMOS, probablemente, un día habría redactado también en su programa un tema análogo, porque me consta, y lo sabéis las que lo tratásteis de cerca, en cuánto y cómo apoyaba nuestra colaboración. De mí, sé deriros —y permitidme la exteriorización de un íntimo sentir— que después de mi enorme desgracia al perderle, me lamento de no haberle ayudado tanto como él deseaba. El quehacer de un hogar numeroso me parecía entonces motivo de exención. Hoy, y esta es la lección que de mi experiencia os brindo, creo que vivimos ya la hora en que la mujer española va formando en las filas de un trabajo serio al que se entrega por entero, entrega que ha de ser mayor cada día, porque nuestra profesión, contrariamente a lo que el mundo cree, es compatible con nuestra femineidad, con el amor y con la creación de una familia.

Pero así como hasta ahora la casa constituía para la mujer ocupación fundamental, a la que dedicaba la mayor parte del tiempo, ahora, de acuerdo con los derroteros mundiales, hemos de seguir evolucionando, pero no cuando ya terminada la carrera la boda se aproxima, ni mucho menos después de casada. La mujer estudiante, y sobre todo la estudiosa, en la que una vocación hizo huella, ha de saberse organizar, tienen que ense-

ñarla a organizarse, con un ritmo más o menos a

En principio, sincera La española ha tenido y tiene problemas. Lo echará a falta que aunque a ratos no r nada... o poquísimo; est le hacen, aunque las crit lanzan sus últimos gritos distas que confeccionan i cada una de nosotras..., demás naciones.

La mujer trabaja en t ros uno de vanguardia, i que frecuentamos un sol cara, como aquí —en es Si supiéramos aunar lo bi con la reciera de nuestra hogar y de los hijos, salv tra tradición, del propio plo de sensatez. Acaecer generales, la mujer ha d riedad de trabajar, sea d veniencia o invitación est ta la ociosidad en la muje

Una nación no es sinc vive mejor cuantos más s ministración y categoría.

Estamos aquí un grup tado en filas y demás, e difícil, pero compensada. Las dificultades que todav el tiempo, pues se van s acerca ostensiblemente la quieran magnitud y peso. repentizarse, y nuestra ac rció revolucionaria, se ve

Las más jóvenes habé especialidad que invade la cultades de extensión y h proponérselo.

Y una buena actitud pa

Apo yo masculinos

labores femen.

ñarla a organizarse, como en aquellas naciones a las que con un ritmo más o menos acelerado vamos siguiendo.

En principio, sinceramente, no nos ofrecen más felicidad. La española ha tenido y tiene aún, en general, muy resueltos los problemas. Lo echará a faltar. Pero este "Jauja" de un marido, que aunque a ratos no nos lo parezca, nos da todo sin exigir nada... o poquísimo; estas pobres chicas de servicio que nos le hacen, aunque las critiquemos cada día, y que, lógicamente, lanzan sus últimos gritos de esclavitud; estos modistos o modistas que confeccionan un vestido sola y exclusivamente para cada una de nosotras..., todo esto se nos escapa como a las demás naciones.

La mujer trabaja en todos los países. En Suecia, para citaros uno de vanguardia, no he conocido en el ambiente médico que frecuentamos un solo matrimonio en el que ella se dedicara, como aquí —en estereotipada frase— a "sus labores". Si supiéramos anar lo bueno de lo moderno, que es mucho, con con la recitura de nuestras creencias y la defensa honesta del hogar y de los hijos, salvaguardaríamos el patrimonio de nuestra tradición, del propio bienestar, y daríamos al mundo ejemplo de sensatez. Acaecerá, indudablemente, que, en términos generales, la mujer ha de acusar, en corto plazo, la obligatoriedad de trabajar, sea decisión espontánea por su propia conveniencia o invitación estatal más tarde. Llegará a ser mal vista la ociosidad en la mujer, como hoy es delatada la del hombre.

Una nación no es sino una familia de obreros en la cual se vive mejor cuantos más son los que contribuyen a la buena administración y categoría de la comunidad.

Estamos aquí un grupo que voluntariamente nos hemos alistado en filas y demás, en un ejército de acción grata aunque difícil, pero compensada por la satisfacción de hacer el bien. Las dificultades que todavía podemos encontrar se suavizan con el tiempo, pues se van sumando años de entrenamiento y se acerca ostensiblemente la ocasión de que nuestros trabajos adquieran magnitud y peso. Son muy pocas las cosas que pueden repentizarse, y nuestra actitud laborante, que en un tiempo pareció revolucionaria, se ve hoy con naturalidad.

Las más jóvenes habéis de saber que nos movemos en una especialidad que invade la medicina toda, lo cual entraña dificultades de extensión y horas de trabajo, pero es cuestión de proponérselo.

Y una buena actitud para trabajar bien, a pesar de nuestras

limitaciones y el deshábito del medio que, todavía en alguna ocasión puede rodearnos, consiste en considerar que la perfección absoluta es inasequible al espíritu humano, y que debemos contentarnos con sus reflejos, constituído con nuestra voluntad buena fundamentalmente y la fuerza de la costumbre en su triple manifestación de autoridad, tradición y repetición, regido todo por una grata disciplina que, sin atenzarnos, rechace la indolencia.

Por este camino, la mujer pediatra puede, con gran eficacia, desplegar espléndida labor en el laboratorio de la infancia, en el dispensario, en la sala de enfermos, en la de prematuros, en la de *pouponnière*, en centros y escuelas de Puericultura estatales, o no, incluida la formación de enfermeras y maestras puericultoras. Puede regentar tantas y diversas obras médico-sociales que decaen, porque lo social domina defectuosamente sobre el médico y se convierten en mera beneficencia, plausible, sí, pero de resultados incompletos y caros para el Estado. Sería de desear que en España, mientras la medicina siga ejerciéndose como hoy, la mujer ocupase, a ser posible, los puestos más quietos, en donde su condición natural se viera favorecida para una labor meticulosa y de responsabilidad, para la que ha de prepararse bien, a la que se deba por entero en sus horas de trabajo; pero sin el ajetreo de la calle, de día o de noche, y sin el desorden absurdo que es la mayor rémora que arrastra la profesión médica en nuestro país, y que invalida los resultados.

Hay una ocupación casi insospechada hoy de la que cabe esperar mucho y que de día en día se perfila más necesaria y femenina; me refiero al trabajo que puede realizarse en las instituciones obstétricas, desde que una mujer entra en la clínica, hasta el día en que madre e hijo la abandonan. En esta acción perinatal de la Pediatría, en donde la precoz recogida de datos clínicos y de laboratorio salvaría muchas vidas y realizaría la mejor profilaxis de los desastres del futuro, veo un puesto especialmente destinado a la mujer que *in situ* podría realizar una doble labor científica y social; social también porque juzgo interesantísima la preparación psicológica y técnica de una correcta maternidad, un recibimiento y encaje propicio de la criatura en la familia más o menos equilibrada en moral o en economía, y la defensa de la lactancia materna. Sólo este último apartado justifica con creces la enorme utilidad de nuestra dedicación, porque creo sinceramente que los grandes

trabaja pero
en lugares +
cercas a la
vivienda de la mujer.

centros de maternidad - en masa y contentas, ve juicios—, es en donde peza a pecho. Por comodidad la madre, si desconoce el biberón, que da al traste de criar a un hijo.

Y tenemos inmensos centros de cometría infantiles que, en vez de una vez en España maestros y escuelas dispuestas antes acogieron a la pléyade de tituladas en medicina años algunas psicopediatras bastantes, porque el carácter que nos ofrece, con resultados.

En una palabra, corrección de la Pediatría, por parte de los adultos, la técnica, la profesional; sobre todo, resulta en cuestión, no trataremos de mitos como neurosis excluidas también el niño enfermo de tics leves, pueden hacer nuestros esfuerzos con un fin de una psicoterapéutica está especial y naturalmente en este sentido.

Algunas compañeras a la logía infantiles; pero serían de manera exclusiva, interés. Y hay una serie de diátricas, en que, poco a poco, la amplitud de la actividad es más, atractiva e interesante: el niño. Pero la mujer obtiene nosotras ostensiblemente hincapié en esto para aducir lucubraciones e

centros de maternidad —a los que ya nuestras mujeres acuden en masa y contentas, vencidos casi por completo antiguos prejuicios—, es en donde perdemos un número elevadísimo de crianza a pecho. Por comodidad del tocólogo, de la enfermera y de la madre, si desconoce el alcance moral, sanitario y hasta económico en tiempo y dinero de su decisión, optan por el primer biberón, que da al traste con la incomparable y la mejor manera de criar a un hijo.

CRÍTICA A
COMPAÑEROS

Y tenemos inmenso campo de acción en la psicología y psicometría infantiles que, con carácter de urgencia, hay que orientar de una vez en España, en donde afortunadamente, tenemos maestros y escuelas dispuestos a acoger a la mujer médico, como antes acogieron a la pléyade de muchachas que, a pesar de no ser tituladas en medicina, desarrollan gran labor. Hay ya hace años algunas psicopediatras entusiastas y eficientes, pero no las bastantes, porque el campo de la psicología se agranda a la vez que nos ofrece, con perspectivas próximas, sorprendentes resultados.

En una palabra, corresponde a la mujer, en gran parte, psicologizar la Pediatría, porque, como ocurre en la medicina de adultos, la técnica, la misma investigación y la medicina social, sobre todo, resultan muy beneficiadas. Sin desbordar la cuestión, no trataremos todas las colitis, las enuresis o los vómitos como neurosis exclusivas; pero no perdamos de vista que, también el niño enfermo como el adulto, con circunstancias somáticas leves, pueden hacerle sentir muy grave, chocando todos nuestros esfuerzos con una pasividad reaccional que sólo vence una psicoterapéutica bien dirigida. Considero que la mujer está especial y naturalmente dispuesta para colaborar espléndidamente en este sentido.

Algunas compañeras actúan ya en Ortodoncia y en Oftalmología infantiles; pero sería de desear que fueran más y dedicadas de manera exclusiva, pues ambas materias ofrecen marcado interés. Y hay una serie interminable de subespecialidades pediátricas, en que, poco a poco, vamos introduciéndonos. La Pediatría, con la amplitud a que nos hemos referido, es, por demás, atractiva a interesar siempre por y para quien es práctica: el niño. Pero la misión, en la que más pronto podemos obtener nosotras ostensibles resultados es la puericultura. Hago hincapié en esto para advertir a las que van terminando actualmente y se sientan arrastradas a la investigación, que cuantas lucubraciones científicas realicemos, pueden quedar

puericultura:
mejor campo
para la ♀

anuladas por una incorrecta puericultura. No por carecer ésta del carácter de "urgencia" podemos negarle su misión trascendente —que toca lo social de nuestro país y lo universal— y entregarla en manos de personal subalterno. La Puericultura, basada en el estudio, tiene importancia máxima, *per se*, coadyuva a una Pediatría, con cuyos límites se confunden y puede proporcionarnos a todas, no solamente a las que ya trabajamos en su servicio, la conquista decidida de la confianza de las multitudes, desde nuestro puesto universitario. La mujer especialista en niños ha tomado ya carta de naturaleza y no debe desalentarse. Si fué a una carrera por vocación y llega a gustar el placer de haberla superado, constituiría por sí sola un núcleo neutral de su vivir. Y lo completará si sabe elegir entre sus jefes o condiscípulos a alguien, en quien ha de exigir, como condición imprescindible, un mayor valor científico que el de ella misma. Entonces habrá conseguido gran parte de su felicidad.

Tengo la impresión, tal vez muy lateralizada y personal, que la naturalidad en la poesía y el sacrificio que el amor entraña, deviene sencilla y firme en el matrimonio entre pediatras. Hay una faceta, si queréis pueril, como todo lo nuestro, pero sana y optimista que procede en principio de nosotros mismos, al elegir la especialidad, pero que tal vez mantiene enhiesta el propio objeto que nos ocupa. El niño pierde la salud corporal, pero su espíritu se nos presenta tal y como es. Responde más limpiamente no sólo al tratamiento, porque es materia no adulterada todavía, sino con una actuación moral sin recovecos. No nos crea las dificultades que plantea el hombre, que con los años se torna exigente y desconfiado. Sus relaciones primitivas podrían identificarse con las que los caldeos y los sirios presentaron tres mil años antes de la era cristiana, cuando la profesión médica se ejercía con carácter sacerdotal.

Es raro que nosotras hayamos de soslayar situaciones tirantes y violentas, ni desplantes, ni conflictos sociales. El pediatra puede conservar a menor precio su paz de espíritu, que lo que parece advertirse entre los que tratan adultos.

Y como la utilidad diríamos fundamental de estos Congresos es la convivencia para conocernos, cambiar impresiones y valorarnos personalmente, hasta el punto de que después de estos contactos o no volveremos a leer un trabajo de este señor o nos procuraremos todos los que publique el otro, porque los hemos ya clasificado en una escala de jerarquías de prestigio; yo aconsejo a las pediatras jóvenes, que acaso asisten por pri-

mera vez a un Congreso de percepción y de una finalidad nueva a e y otros, el flechazo ped dótico en un servicio rea

Como veis, este clima de nuestros periódicos sinceramente, tal vez den pero hemos de aprovechar fer positivo. Somos en l cio, de las que el grupo neamente esta especiali mente nos va como anil pezamos con la amplitud evolución constante. Est dos nosotros los pediati que ha creído siempre, que, en general, nuestra más rápida en concepci todo menos constante. por más esfuerzos que p continuidad que el hom Hay, por otra parte, r sómica a lo largo de l miento y conducen a la poco tiempo para adq que a nosotras se refier Una ojeada al exterior ción de la mujer data c prácticamente a princi dad y equipos femenino eficiente. No cito noml despuntaron y que han til— la plasmaron, e i biblioteca. El elogio de la Y, aunque estoy conver lo harán mejor que n hecho de habernos aqu de buena fe y con afán la mujer española haci castañuelas. Si bien si den también hacer Pat

mera vez a un Congreso médico, que procuren aguzar su sentido de percepción y de persuasión, si fuera necesario, dando así una finalidad nueva a estas reuniones. El encuentro entre una y otros, el flechazo pediátrico puro, podría convertir lo anecdótico en un servicio real a la Pediatría española.

Como veis, este clima de veracidad que es la tónica habitual de nuestros periódicos encuentros, me ha hecho enfrentarme sinceramente, tal vez demasiado sinceramente, con nuestro tema; pero hemos de aprovechar este coloquio para efectuar un transfer positivo. Somos en España más de 2.500 médicos en ejercicio, de las que el grupo más numeroso hemos elegido espontáneamente esta especialidad, y la elegimos porque psicológicamente nos va como anillo al dedo. Hemos de confesar que tropezamos con la amplitud de un cuerpo doctrinal vastísimo y en evolución constante. Esta dificultad, sentida igualmente por todos nosotros los pediatras, es para nosotras más costosa, porque ha creído siempre, y algunas tal vez estéis en desacuerdo, que, en general, nuestra inteligencia pudiera en algún caso ser más rápida en concepciones, pero es menos profunda y sobre todo menos constante. Los fallos naturales de nuestro sexo, por más esfuerzos que pongamos, arrojan en el trabajo una discontinuidad que el hombre, en términos generales, no presenta. Hay, por otra parte, razones genéticas, de trasmisión cromosómica a lo largo de las generaciones, que motivan entrenamiento y conducen a la adaptación. En nuestro caso, falta ya poco tiempo para adquirir plena soltura en el oficio, por lo que a nosotras se refiere y por lo que se refiere a la sociedad. Una ojeada al exterior lo atestigua. Los países en que la actuación de la mujer data con anterioridad a la española, iniciada prácticamente a principios de este siglo, presentan individualidad y equipos femeninos que realizan ya una labor admirable y eficiente. No cito nombres porque la obra de las mujeres que despuntaron y que han pasado ya —escasas en medicina infantil— la plasmaron, e importa más consultarlas en nuestra biblioteca. El elogio de las actuales corresponde a la posteridad. Y, aunque estoy convencida de que nuestras nietas y biznietas lo harán mejor que nosotras, es halagüeño y prometedor el hecho de habernos aquí reunido tantas médicas de niños que, de buena fe y con afán de superación, muestran al mundo que la mujer española hace algo más que tener hijos y tocar las castañuelas. Si bien sigo creyendo que lo uno y lo otro pueden también hacer Patria.

Diferencia
♂-♀ intely

Sexismo.

Diferencia
alop puen.
entre países

Patriotismo

La mujer pediatra y el «niño que no quiso crecer»

POR LA DOCTORA

MATUTINA RODRIGUEZ ALVAREZ DE TORNER
Jefe del Servicio Provincial de Higiene Infantil de Oviedo

En este Congreso de Pediatría se dedica una sesión a la actuación de la mujer pediatra en el campo de la especialidad:

El valor de una pregunta puede medirse por la cantidad de respuestas que sea capaz de suscitar, pero tal vez a la cuestión que nos ocupa podamos responder las pediatras con una nueva pregunta: ¿existe un trabajo específico de la mujer, propio, inalienable? Después de un siglo de apasionadas controversias acerca de si la mujer podía o no, tomar parte en la labranza espiritual, una de las mayores conquistas ha sido la de poder participar por igual, hombres y mujeres, en todas las esferas de la cultura.

Y, sin embargo, la división del trabajo con arreglo a la distinta capacidad del hombre y de la mujer, es tan vieja como la vida misma, y así y desde el principio de la Creación, hombre y mujer marchan unidos bajo el peso de su destino, a cumplir su castigo que será, a la vez, su redención: el hombre hará fecunda la tierra, la mujer alumbrará hijos con dolor. Y sometida a esta ley que se presentaba como ley inexorable de vida, permanece la

humanidad durante siglos, quedando relegada la mujer a los cuidados del hogar en el que es reina a la par que esclava.

Pero a mediados del siglo pasado estalla una violenta y desesperada campaña feminista; en su grito rebelde no pedía una cultura netamente femenina, sino que exigía la participación de la mujer en todo trabajo, sin distinción de calidades. Y la campaña triunfó y la mujer alcanzó la libertad por el trabajo, pero como en toda campaña extrema, tal vez fué la mujer demasiado lejos en sus ambiciones y a medida que ella pasaba al taller, a la fábrica, a la Universidad, pasaban el hogar y los hijos a manos extrañas.

Afortunadamente fué la mujer la primera en sentir el desencanto de una libertad así alcanzada y volvió a sentir la necesidad imperiosa del hogar; de volver a ser en él ternura, inspiración y aliento y, sobre todo, de volver a ser la criadora y educadora de sus hijos.

Pero las experiencias de la vida, aún las más amargas, son útiles, y la salida de la mujer a la palestra de la vida no habrá sido vana. La mujer vuelve al hogar, pero es una vuelta consciente y razonada; la mano que mece la cuna sabe ahora lo que defiende y de dónde procede y se apresta a cumplir conscientemente y no por instinto el sagrado cometido de maternidad que por Dios le fué trazado en la tierra. Y la mujer logró algo más; logró darse cuenta de que era ella el más firme pilar de la familia y de que cuando ella flaquea la familia se resquebraja y la sociedad se viene abajo. Y logró también seleccionar aquellas actividades que más de acuerdo van con las peculiaridades de su alma femenina, y que son precisamente las que se relacionan con el débil y el desválido y de modo especial, con el niño. Y así nació la maestra, la enfermera y la mujer pediatra.

En tanto la mujer seguía su marcha progresiva, evolucionaba a su vez el niño. Fué primero, algo que se perdía en los estratos intermedios entre el hombre y la mujer; fué después, el homúnculo; pasó luego, a convertirse en individualidad aparte; al concepto aislado siguió el binomio madre-hijo; y por fin, rompiendo el niño el estrecho marco de su individualidad, pasó a convertirse en infancia, necesariamente integrada en la familia y en la sociedad. Por infancia se entiende el largo camino que ha de recorrer el niño, en su avance hacia la edad adulta. Los animales inferiores no tienen niñez, pero a medida que ascendemos en la escala zoológica, se alarga el período interpuesto entre el naci-

miento y la madurez y ello pudie raleza, porque los niños no tienen hallan expuestos a mil peligros. infancia es un período de necesidad para la raza, período que le pesa muy complejo, para lo que no basta sino que se precisa del rico tesoro

Para los antiguos, el niño no queño, siendo sus funciones psicológicamente ponerlas a escala. Y es tir, pensar y ser del niño, eran que enmendar rápidamente.

Más tarde, la Fisiología estableció de la edad infantil, a la vez que taban la sólida base para el conducto como norma la necesidad de desarrollo, pero sin precisión para siempre, se estableció el hecho de ser una miniatura del adulto con diferencias tan profundas, que el niño órganos y funciones, tanto en el

El niño, con su menor peso, actividad de trabajo; con sus actividades reflexivas del adulto; con su frente a la específica del hombre memoria intuitiva, en contraste memoria lógica del adulto; con su ha de hacerse más tarde creador emoción, frenada por la razón e instintivas y tantas veces falsas; control, poderes que guían principio. El niño que exagera porque porque es distraído; que habla que es impaciente. El niño que a uso de fe y para el cual el mundo to son su reino; que dice cosas porque es creador, soñador y mágico que es absurdo para nosotros y magias y encantamientos. También el mundo tenía su edad, los bosques por los centauros, y los mariner

FEMINISMO

CONQUISTA

CONSEC.

vuelta al hogar

maternidad: cometido sagrado

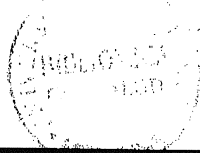
trabajos femeninos

miento y la madurez y ello pudiera parecer un error de la naturaleza, porque los niños no tienen experiencia, son débiles y se hallan expuestos a mil peligros. Pero como dice CLAPAREDE, la infancia es un período de necesaria utilidad para el individuo y para la raza, período que le permite adaptarse a un ambiente muy complejo, para lo que no basta la herencia de la especie, sino que se precisa del rico tesoro de la experiencia personal.

Para los antiguos, el niño no era más que un adulto en pequeño, siendo sus funciones psíquicas las mismas y bastando sencillamente ponerlas a escala. Y consideraban que el modo de sentir, pensar y ser del niño, eran otros tantos errores que había que enmendar rápidamente.

Más tarde, la Fisiología estableció las características innegables de la edad infantil, a la vez que una serie de psicólogos aportaban la sólida base para el conocimiento del niño, estableciendo como norma la necesidad de ayudarlo en la ruda tarea de su desenvolvimiento, pero sin precipitar su madurez. Y de una vez para siempre, se estableció el hecho indiscutible, de que el niño, lejos de ser una miniatura del adulto, está separado de él por diferencias tan profundas, que el niño es niño en cada uno de sus órganos y funciones, tanto en el cuerpo como en el espíritu.

El niño, con su menor peso, talla, fuerza muscular y capacidad de trabajo; con sus actividades espontáneas, tan lejos de las reflexivas del adulto; con su insaciable y genérica curiosidad, frente a la específica del hombre; con su atención concreta y su memoria intuitiva, en contraste con la atención abstracta y la memoria lógica del adulto; con su imaginación reproductiva que ha de hacerse más tarde creadora; con su intensa y caprichosa emoción, frenada por la razón en el hombre; con sus ideas fantásticas y tantas veces falsas; con sus escasos poderes de control, poderes que guían principalmente las actividades del adulto. El niño que exagera porque es generoso; que se equivoca porque es distraído; que habla primero y piensa después, porque es impaciente. El niño que antes de tener uso de razón tiene uso de fe y para el cual el mundo de la fantasía y del sentimiento son su reino; que dice cosas que no se ajustan a la realidad porque es creador, soñador y maravilloso. Para él es natural lo que es absurdo para nosotros y así su primera realidad son las magias y encantamientos. También hace muchos siglos, cuando el mundo tenía su edad, los bosques eran recorridos "de verdad" por los centauros, y los marineros oían "de verdad" el canto de



las sirenas. El niño que no tiene pasado y sólo tiene una idea muy vaga del porvenir, vive plenamente su presente, a diferencia absoluta con el adulto. Y, por fin, y como característica de la infancia, el juego. En el adulto sólo aparece de modo intermitente y bajo formas muy derivadas, pero en el niño absorbe casi todas sus actividades y aún las acciones impuestas revisten muchas veces, la forma de juego.

Y llegamos así a la hora actual en que mirando al niño desde un punto de vista dinámico, se le considera como un ser en constante devenir, en su lenta ascensión hacia la madurez del adulto. Y llegamos así al "Siglo del Niño", en el que una legislación borboteante dicta Tablas de Derechos y leyes de protección a la infancia en todos sus aspectos.

Y, sin embargo, aún no ha sido por completo desterrada la incomprensión de la vida infantil; aún tenemos tendencia a considerar al niño inmerso en nuestro mundo y por la torpeza con que en él se mueve, tendemos aún, a considerar a la infancia como etapa necesaria, pero imperfecta y hacemos gravitar sobre ella la madurez, olvidando que con ellos logramos sólo oprimirla y deformarla. Si no existiese aún esta incomprensión de la vida infantil, ¿cómo podríamos explicar ni admitir la conducta seguida con el niño, desde su entrada en la escuela hasta la terminación del Bachillerato? Conducta que tantas veces olvida que todo plan de enseñanza ha de favorecer no sólo el desarrollo intelectual del escolar, sino también el físico y moral. Y para ello ha de tener en cuenta la edad del niño y su capacidad, la calidad y cantidad del trabajo que ha de serle asignado y ha de adaptarlo de tal modo que no provoque la fatiga. Es norma que el niño estudiante ya, llegue en el trabajo al límite de la fatiga, señal de que el trabajo ha sido proporcionado a la capacidad. Pero es también norma absoluta no pasar jamás el límite natural del trabajo que la fatiga representa.

Dice NOËCOURT que no hay en el escolar "surmenage", pero sí un "malmenage" provocado por el cambio radical de vida impuesto al niño; por unos programas demasiado extensos y por la frecuente falta de una Educación Física compensadora. Cierro que necesidad obliga y que nuestro sistema de instrucción va haciéndose enciclopédico, y que no siendo hereditarios los conocimientos y debiendo de arrancar todos en este aspecto, del mismo punto de partida, el niño se ve obligado de más en más a hacer desesperados y prodigiosos esfuerzos para retener, alma-

cenar y clasificar conociendo el trabajo escolar debiera de mente sucede que el niño jornada escolar, las tareas instituto, lleva para res mientras tiende a disminuir considerando excesiva la niño, a la de ocho y diez.

Y los desastrosos resultados diarios los pediatras. Aun que el niño ha perdido cosas, porque su sueño se ve mucho su aparición la ennu irritable, porque ha perdido de movimiento y ju tantas veces soportar la situación anterior de ingresión, refugiándose en escolar primero y al in go, el niño había aceptado parte de sus derechos físicos y morales, poniendo generosidad para rendir el correspondiente fruto.

Es natural que en la disciplina la que propiamente regula nuestras relaciones ha nacido el hombre él le convertirá en ser trabajador y una disciplina *recipiente que hay que hay que favorecer y cuidar su autoridad, pero impuestas características de la infancia de sufrir hasta llegar a la gran crisis de la molen y respeten lo que fondo que constituye la*

Desde que existen resoluciones Su resolución fué reclamada por los pediatras y más

Tareas
De las
Escuelas
jornada

cenar y clasificar conocimientos tan numerosos y dispares. El trabajo escolar debiera de ser intensivo y no extensivo y precisamente sucede que el niño de hoy suma al trabajo propio de la jornada escolar, las tareas que de la escuela, colegio, academia o instituto, lleva para resolver en casa, Y así paradójicamente, mientras tiende a disminuirse la jornada de trabajo del adulto, considerando excesiva la de siete u ocho horas, se llega en el niño, a la de ocho y diez horas.

Y los desastrosos resultados de tal conducta los palpamos a diario los pediatras. A nosotros acuden padres acongojados, porque el niño ha perdido el apetito, porque vomita por las mañanas, porque su sueño se ve agitado por pesadillas, porque ha hecho su aparición la enuresis, porque se ha vuelto angustiado o irritable, porque ha perdido su infantil seguridad e incluso el deseo de movimiento y juego. En resumen, porque no ha podido tantas veces soportar la nueva situación y deseando volver a su situación anterior de infantil seguridad, hace una fuga, una regresión, refugiándose en la neurosis y dando paso al inadaptado escolar primero y al inadaptado social después. Y, sin embargo, el niño había aceptado la disciplina escolar; había cedido parte de sus derechos físicos a favor de sus deberes intelectuales y morales, poniendo generalmente de su parte, toda la buena voluntad para rendir el trabajo que de él se espera y sacar el correspondiente fruto.

Es natural que el niño se someta a disciplina, porque es la disciplina la que propulsa, sujeta y mide nuestras acciones y regula nuestras relaciones con la sociedad y para vivir en sociedad ha nacido el hombre. Y le es preciso el trabajo porque sólo él le convertirá en ser individual y socialmente útil. Pero un trabajo y una disciplina que no olviden que *el niño no es un recipiente que hay que llenar, sino un germen cuyo desarrollo hay que favorecer y cuidar*. Trabajo y disciplina que impongan su autoridad, pero impregnados de profundo *respeto a las características de la infancia* y a las grandes transformaciones que ha de sufrir hasta llegar a la edad adulta, respetando de modo especial la gran crisis de la pubertad. Trabajo y disciplina que estimulen y respeten lo que Rouvroy llama "el fondo autónomo", fondo que constituye la esencia de la personalidad.

Desde que existen niños, existieron problemas de educación. Su resolución fué reclamada primero por los educadores, luego por los pediatras y más tarde por los psiquiatras. Y al fin todos

vieron desbordados sus propios campos y nació la Pediatría social, porque el niño llama en su ayuda a todos: padres, educadores, médicos, sacerdotes, legisladores y políticos.

Pero la mujer pediatra reclama en esta ingente labor, un puesto de vanguardia y no precisamente por considerarse con especiales dote de inteligencia, sino porque sus calidades psíquicas la sitúan más próxima al niño, que al hombre. Precisamente para ella como para el niño, son su reino el mundo del sentimiento y de la fantasía. Tanto a la mujer como al niño, les ha gustado siempre cabalgar "allá abajo" y "allá lejos", a lo mos de Dios sabe qué mágico e imaginario corcel, mientras que el hombre ha necesitado siglos para emprender al fin, el mismo y misterioso viaje. En un principio y cuando la tierra toda era una incógnita, se preocupó el hombre, de ensanchar el círculo del suelo; luego, cuando hubo recorrido tierras y mares, paso a primer plano la Espeleología; después, el intento de los mundos siderales. Pero le falta la gran aventura, el descenso a lo más profundo de su oscuro mundo interior. FREUD abrió la puerta y tras él y a tientas avanzaron médicos y poetas hacia lo más profundo del alma abismal para encontrarse con que avanzaban hacia esas dos palabras que se creyeron flores y resultaron ser raíces: hacia el sueño y la niñez. Y la vida actual es a modo de apasionante viaje "allá abajo", a lo más hondo de la conciencia, y "allá lejos", a lo más íntimo de la infancia.

Afirma MIRICK que el niño es un enigma que nadie ha podido comprender aún por entero, porque sólo el niño guarda las llaves de su propio secreto. Pero tal vez sea la mujer, tan cercana al niño, la que mejor sepa comprender su naturaleza, sus tendencias y sus problemas. Y como mujer pediatra me atrevo a proponer como mejor camino para lograr que el niño nos abra las puertas de su espíritu que aún mantiene cerradas, no sólo respetar la infancia, sino alargarla. Prolongar la infancia el mayor tiempo posible podría parecer un capricho de niño rico, sino encerrase la más profunda norma educativa. Alargar el prólogo del juego libre antes de entrar en el capítulo del trabajo profesional; ejercitarse alegremente en todo antes de dedicarse seriamente a algo; trotar por los caminos de la correría antes de emprender el viaje. No tener prisa en aprobar ese bachillerato de ojos aprendices, que se llama infancia.

Es en nuestra infancia en donde están enterradas las raíces más profundas de nuestra personalidad, con las esencias más ín-

timas de nuestra raza. Y denuncia a atropellar las e mente en hombres, es ur sino también para la na la Humanidad. También hacer madurar antes las cualquier negociante, pe. Y en relación con los ni niños a los que una edu gada obliga a convertir las etapas de su infanc mente en su rama y al s cia no lo hago porque p reino único de la felici misma suma de goces y mayor inclinación al suf palabra "adolescer" (su

En la historia del pi trañó que Newton dicta viendo caer una manzan rresponde ser tan exacta en cambio, que fuese Ing mente como el más prá que rige en caso de nan después las mujeres, la pitán se salvará el últi barco". Un romano de l la para él total inversió bería de ser exactamentán como elemento técn luego las mujeres, y no habría capitanes ni tripi pesar de que en los niñ pero "mañana" y para e ñana es palabra que deb las realidades y consec peranza de un mañana. país práctico por excele ejemplo-tipo del romant maravilloso, símbolo de Pan, el niño que no qui

Oriseu
pediatría
social y
pediatra
calidades esp
se parece al
niño + q al

♀ pediatra
calidades
sorprender al
niño alargar
la infancia.

timas de nuestra raza. Y en lógica consecuencia, la actual tendencia a atropellar las etapas y a convertir a los niños, rápidamente en hombres, es un gravísimo error, no sólo para el niño, sino también para la nación a que pertenece, y por tanto, para la Humanidad. También hay procedimientos artificiales para hacer madurar antes las naranjas, cosa que puede proponerse a cualquier negociante, pero que rechazaría indignado el naranjo. Y en relación con los niños pudiera plantearse así el dilema: o niños a los que una educación excesivamente exigente y recargada obliga a convertirse rápidamente en hombres, quemando las etapas de su infancia; o niños que han madurado alegremente en su rama y al sol. Y al pedir una prórroga de la infancia no lo hago porque piense que la infancia es una especie de reino único de la felicidad. No; en el alma del niño cabe la misma suma de goces y dolores que en la adulta e incluso una mayor inclinación al sufrimiento, por lo cual, con nuestra vieja palabra "adolescere" (sufrir), hemos hecho nuestra adolescencia.

En la historia del progreso de la Humanidad, nunca me extrañó que Newton dictase las leyes de la gravitación universal viendo caer una manzana, pues sólo a un manzano inglés le corresponde ser tan exactamente matemático. Pero sí me extrañó, en cambio, que fuese Inglaterra, el país considerado tradicionalmente como el más práctico del mundo, el que dictase la ley que rige en caso de naufragio: "se salvarán primero los niños, después las mujeres, la tripulación hará lo que pueda y el capitán se salvará el último o se hundirá honrosamente con su barco". Un romano de la antigüedad quedaría estupefacto ante la para él total inversión de valores, ya que para él el orden debería de ser exactamente el inverso: primero se salvaría el capitán como elemento técnico más valioso; después la tripulación, luego las mujeres, y no por galantería, sino porque sin ellas no habría capitanes ni tripulantes. Para los niños ni un recuerdo, a pesar de que en los niños están los capitanes del mañana. Sí, pero "mañana" y para el romano sólo contaba el "hoy". El mañana es palabra que debemos al cristianismo, que por encima de las realidades y consecuciones de hoy pone la promesa y la esperanza de un mañana. Y es también precisamente Inglaterra el país práctico por excelencia, el que de pronto se consagra como ejemplo-tipo del romanticismo al ser capaz de idear el cuento maravilloso, símbolo de toda una conciencia pública: su "Peter Pan, el niño que no quiso crecer". Porque es indudable que el

No atropellar la infancia

Adolescere = sufrir.

Inglaterra < ley naufragio
Peter-Pan

Cristianismo

valor total del hombre está en relación directa con el coeficiente de infancia que haya sido capaz de conservar dentro de su hombría. Sólo una infancia completa dará paso a una alegre juventud, a una fuerte madurez y a una sabia senectud. Preferible es que el adulto conserve dentro de su hombría como un tesoro de infancia rezagada; infancia rezagada capaz de hacer de Bach una caja de música tocada por un profesor de matemáticas. Y de hacer sentir dentro de las gigantescas sinfonías de Beethoven una palpitación de traviesa ternura, como un casca-bel dentro de una catedral.